**Los collados eternos**

Por su servidor Russell George

Génesis 49:26

En su lecho de muerte el patriarca Jacob proclamó una bendición sobre cada uno de sus doce hijos. En cuanto a José, él dijo que las bendiciones del Dios Omnipotente serán "hasta el término de los collados eternos." Es impresionante pensar de las multiformes bendiciones de Jehová. Sus misericordias, igual a sus bendiciones, son nuevas cada mañana. Según Hebreos 13:8, “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”.

Es impresionante pensar también en los collados eternos. Tal vez esta frase no significa tanto para los que viven en la ciudad o en la llanura. Yo me crecí en los collados y tienen un significado especial para mí. Entre mis primeros recuerdos son la de la pequeña casa de dos habitaciones donde vivimos hasta que tuve cuatro o cinco años. La casa de mis abuelos quedó tan solo a una cuadra de lejos, pero para llegar teníamos que subir una colina empinada. Nuestra casa distaba mucho de ser moderna. Tuvimos una letrina en lugar de un baño. Todo el agua que usamos en la casa fue traída del molino al lado de la casa de mis abuelos. Cuando yo tenía cinco años mis padres alquilaron una estancia cercana que más adelante compraron. Nos mudamos allí donde pasé mi niñez y juventud.

Muchos años después mi esposa y yo y nuestros hijos estuvimos de visita en la casa de mi mamá. Yo tenía un anhelo de volver y visitar el sitio donde viví los primeros años de mi niñez. Mi mamá llamó el dueño y pidió permiso para entrar. Ya había pasado muchos años desde que sacaron la casa y todos los demás edificios. No quedó nada para indicar que hubo una vez una casa y un conjunto de edificios allí. Quedamos parados sobre la colina donde estaba edificada la casa de mis abuelos. La casa estaba sumamente mal puesta porque estaba expuesta a los vientos fríos del norte en el invierno.

No quedó más nada sino los collados eternos. Los collados existían por siglos antes de que los pioneros eligieron el sitio para edificar la casa y los demás edificios. Todavía queda así. Por eso, los collados se llaman "eternos."

Dios no llama a las montañas eternas a pesar de su grandeza, porque no permanecen tan firme como los collados. Sus cumbres están expuestas a la erosión. Los cambios de la temperatura causan fisuras en las rocas y, con tiempo, se rompen. A veces un pedazo masivo se parte de la masa y cae abajo con el ruido de trueno. A poquito el viento lleva la tierra de la cumbre de la montaña. Algo más se va abajo cuando la nieve se derrite y el agua va por abajo.

Al contrario, los collados están protegidos de la erosión por su alfombra de césped. La única excepción es cuando son cultivados y los campesinos no prestan atención a la conservación de la tierra.

Más de la mitad de la superficie de la tierra está cubierta por el mar. El mar tampoco es eterno como los collados. De continuo su superficie cambia. También las corrientes del agua en el mar van cambiando.

Nosotros también debemos ser como los collados eternos. En primer lugar, debemos hacer el bien. Gálatas 6:9-10 dice, "No nos cansemos pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe." Después debemos permanecer en hacer el bien. I Corintios 15:58 dice, "Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano." No debemos ser tan constantes que no dejamos lugar para mejorar. No debemos ser de doble ánimo. Santiago 1:8 dice que "El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos." El es, más bien, semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. (Santiago 1:6)

Dios, en su bondad, nos ha puesto muchos ejemplos e ilustraciones. Hasta los collados eternos nos hablan de la importancia de ser firmes y constantes.